4

La gracia de ser hermanos. Retos de la vida comunitaria hoy

José María Arnaiz, marianista

El individualismo es la muerte de la persona, y resulta muy fácil identificarlo con una búsqueda ilusoria de sí mismo. El ser humano es constitutivamente un ser-para-los-demás, no auto-referencial, como acostumbra a decir el Papa Francisco. Lo más auténtico de uno mismo es la apertura y la comunicación generosa, el don y la acogida. En la búsqueda egoísta de nosotros mismos nos desviamos del camino de la plena realización personal. La dimensión comunitaria es esencial e indispensable a todos y marca el ritmo de nuestro desarrollo pleno; resulta fundamental para el crecimiento integral de la persona y, también, para la madu-

ración de la misma. La calidad de nuestra evolución se mide por el crecimiento de nuestra capacidad de visión, vida y misión comunitaria.

No hay duda de que entre la vida personal-individual y la vida comunitaria se da una tensión; tensión sana en un cierto sentido. El ideal está en que ninguno de los polos de la tensión desaparezca y con los dos nos complementemos y enriquezcamos. Este intento ha estado en el corazón de la vida consagrada. Empobrece el excesivo «comunitarismo africano» y el absorbente individualismo de las sociedades marcadas por la cultura moderna. De la buena interacción nacen relaciones poderosas, las relaciones poderosas generan equipos poderosos y los equipos poderosos son el fundamento de las comunidades que pueden cambiar el mundo.

1. Descripción de la tensión persona-individuo y comunidad

La vida religiosa, como toda experiencia de vida humana, está atravesada de tensiones diversas. Cada una de ellas exige reflexión. Ahora vamos a analizar algunos aspectos, los más importantes, de la tensión que se da entre nuestro crecimiento personal humano y cristiano como individuos y las exigencias que impone la vida comunitaria en el contexto de la vida consagrada. Con mayor o menor vitalidad, toda personalidad se desarrolla en el cuadro de una vida comunitaria. No hay duda de que la vida religiosa de hoy

está organizada en comunidades de vida; y a la vida religiosa se llega con frecuencia para encontrar experiencias ricas e intensas de comunidades humanizadoras y alimentadoras de la fe. Desde ellas se parte en misión y con ellas se intensifica la espiritualidad. En la comunidad se cree y a ella se pertenece y la vida comunitaria así es permeada por el Evangelio.

1.1. Doble dirección del dinamismo de la persona humana

La vida religiosa en sus mejores tiempos ha presentado una propuesta ideal para armonizar los dos elementos: el desarrollo individual y la vida comunitaria. Pero en la puesta en práctica de la integración en algunos períodos de su historia han surgido problemas. En ella el ritmo de desarrollo de una persona como individuo puede entrar en conflicto con el de la comunidad. También puede darse lo contrario. Entonces las exigencias comunitarias llegan a ocasionar problemas a la persona. En la situación ideal, individuo y comunidad, tendrían que caminar en armonía.

El desarrollo de una persona implica una clara conciencia del propio valer y de sus limitaciones; esa conciencia nos permite percibir con claridad nuestras posibilidades. Nos pide tiempo para el silencio, el examen personal, la soledad, la autoexigencia, el proyecto personal. A veces la ascética negativista o de un cierto sabor maniqueo deja al individuo con una baja idea de sí, disfrazada con una desacertada expresión de

humildad cristiana. Así se originan personas acomplejadas y en continuo conflicto consigo mismas. Estas personas llegan a negar su propio valor y valer, y desembocan en una situación de esquizofrenia. Un marcado individualismo dificulta la integración en equipo, la colaboración y el encuentro, realidad clave de la cultura actual.

No nos resulta fácil aceptar que nuestras cualidades son don de Dios, talentos que deben dar fruto y convertirse en tareas de servicio y responsabilidades para la animación de los demás. No las debemos mirar con complacencia hedonista. Detenernos en el propio valer, como algo importante en sí, como autosatisfacción cerrada, no corresponde a una auténtica visión cristiana de la persona. El gran acierto consiste en transformarlo en don de sí, en coraje para ser-para-el-otro, en compromiso con los hermanos y en percepción del real sentido del propio valer que se aquilata en la entrega a los demás. El ser humano da gloria a Dios entrando en el dinamismo de sus dones y en el de su propio ser y actuar. Reconocer, agradecer, alabar, dar gloria a Dios es exaltarlo en sus grandezas. La gloria de Dios es que el ser humano viva (san Ireneo).

Esta aceptación alegre de sí en el proceso de desarrollo es fundamental para un equilibrio personal y para un enriquecimiento auténtico. Así se llega a una seguridad de sí y a una gran serenidad con respecto a uno mismo. Quien no se acepta a sí mismo no está en disposición de relacionarse con Dios y con los demás. Se rechaza a Dios del mismo modo y movimiento en que uno se rechaza a sí mismo.

1.2. La persona se realiza en el don de sí

Consciente de su propio valor, aceptándose a sí misma está apta para un tercer movimiento; el más difícil, radical y plenificador: el del don de sí. La realización la consigue cuando se orienta toda la persona hacia el otro en un don generoso, libre y consciente. Solo hace la experiencia del verdadero don el que es don; el que sale de sí y se transforma en oblación. La doble experiencia que constituye básicamente al ser humano es la de amar y ser amado. Ahí se juega todo el sentido de su vida.

Este don de sí constituye lo más nuclear de la comunidad. Esta nace de la generosa entrega de sus miembros. Por tanto, es el fruto del crecimiento y la realización de las personas. Ninguna reflexión abstracta e idealista lleva a una integración perfecta entre persona y comunidad. El enriquecimiento surge en el momento en que el don de sí se concreta en actos determinados, actitudes definidas y tareas precisas. Entonces, y por esas acciones, se puede entrar en una rica interacción. Aparecen los problemas cuando, frente a la necesidad que el individuo tiene de ser querido, percibe que no lo es por parte de su comunidad; entonces se produce una gran frustración. Se dan también situaciones en que la comunidad está en sí misma atrofiada en su comunicación afectiva, de tal manera que la relación habitual es escasa en adecuadas manifestaciones de afecto. Falta amor.

Factor importante en el desarrollo de la persona es el respeto a su ritmo propio de crecimiento psicológico, intelectual, afectivo y espiritual. Cada ser humano tiene su ciclo y su ritmo personal. Dentro de una comunidad puede surgir una tensión

entre el ritmo personal y vital de las personas y las presiones, imposiciones y coacciones de la comunidad, y ocasionar así serios daños para el individuo. Se puede llegar a una tensión difícil entre el ritmo personal y las exigencias que la comunidad pide al individuo de modo implícito o explícito.

Lo comunitario se hace indispensable en el proceso de auto superación. El aspecto de comunidad de la vida religiosa nace de una opción libre por un determinado tipo de vida eclesial. Ello no se da en contradicción con nuestro ser. Todo lo contrario, responde a la estructura íntima de nuestra persona. Ser persona es poder relacionarse con otros y encontrar su realización de comunión con otros. La vida religiosa tiene sus elementos propios para vivir la vida comunitaria y la comunicación con los demás. Tiene sus concretos mecanismos para superar el individualismo. A veces, se ha caricaturizado esta forma de vida, diciendo que la integran quienes se juntan sin conocerse, viven sin amarse y mueren sin llorarse. Sin embargo, este modo de realización humana da mucho espacio e importancia a la interacción, al afecto y la buena comunicación.

Desde la perspectiva teológica nos reafirmamos en la comprensión de la dimensión comunitaria del ser humano y de la vida religiosa. En la raíz de ese ser Dios está actuando. De esta fuente, la comunidad trinitaria, arranca toda nuestra realidad comunitaria. El ser de Dios no es soledad ni aislamiento; Dios no está cerrado ni encerrado. Es comunidad; es Trinidad. El ser de Dios es comunicación, diálogo y donación. El ser del Padre no existe más que en tanto en cuanto es para el Hijo; el del Hijo no existe más que en tanto en cuanto es

para el Espíritu Santo. Entre ellos, todo es comunión. Nuestro ser viene de ser comunidad y comunión. Se vive en una estructura y espíritu de comunidad.

Persona y comunidad son dos polos de tensión dialéctica. Así lo reconoce *La vida fraterna en comunidad* (N. 5, CIVCSVA, 1994), documento base de esta reflexión. Tenemos la tentación de querer vivir en tranquilidad, en carencia de esfuerzo, de tensión tonificante y eliminar o sobredimensionar uno de los polos. La historia de la vida religiosa nos muestra esta problemática del difícil equilibrio, ya sea exagerando el elemento individual-personal o bien el comunitario. Es una ilusión prescindir de la tensión y un grave error no integrarla y hacerla integradora.

2. Momentos del proceso

Tres son los momentos de la relación persona-comunidad que vamos a analizar y describir. La vida religiosa los ha vivido de manera significativa en los años pasados. Me ha tocado pasar por todos ellos y a veces protagonizarlos a lo largo de las últimas décadas.

2.1. Primer momento: prevalece lo estructural de la vida comunitaria

A) DESCRIPCIÓN DEL MOMENTO

Sin duda fue el momento vivido con mayor rigidez y durante más largo tiempo en la vida religiosa. Me encontré con él por los años 60, al ingresar como marianista. La vida comunitaria era

estar juntos y tener actos comunes, observancia total de horarios y fidelidad a las prescripciones comunes a diferentes niveles. La oración, comida, trabajo y recreos se tenían en común. El superior mandaba y daba órdenes. Dentro de ese marco había poco espacio para la autonomía y las necesidades personales. Se acentuaba la renuncia a los derechos personales en función de la vida común. Las excepciones a lo comunitario eran raras.

El elemento personal quedaba en muy segundo lugar. Así se mantuvieron rígidamente ciertas normas; por ejemplo, que los superiores leyeran las cartas recibidas y enviadas. Todo ello demuestra la poca confianza que se tenía en las personas y el poco respeto de la conciencia individual. Lo bueno era lo comunitario. Para cada norma se daban razones válidas o seudoválidas. Estas razones ponían en evidencia la mentalidad reinante de hipertrofia de lo común en detrimento del espacio de realización personal. Lo comunitario era muy gregario, poco asumido. Se entraba en unos esquemas comunitarios predeterminados y los religiosos eran auténticos esclavos de ellos. El valor comunitario se manifestaba en la observancia formal del horario, de los actos comunes.

Los superiores, e incluso los directores espirituales, hacían verdaderas acrobacias para encontrar las motivaciones y las justificaciones para mover al cumplimiento de estas prescripciones. Lo mismo podemos decir de determinado tipo de oraciones que eran muy monótonas y poco expresivas y cercanas a la vida. Todo su valor se reducía a ser un acto comunitario, con la presencia de todos. Aunque el sujeto no pudiera llegar a una participación personal auténtica debía hacerlo porque como acto común era meritorio delante de Dios. La obediencia consagraba el valor de lo comunitario. El superior discernía para el súbdito la voluntad *de* Dios; y, siendo la voluntad de Dios, ya no importaba mucho preguntarse si se estaba dispuesto a hacer lo pedido.

B) VALORACIÓN DE ESTE MOMENTO

Este momento de predominio de la vida en común sobre lo individual y personal trae como consecuencia una disminución de libertad. Se sacrifican algunos derechos de la persona. Se impide o dificulta el crecimiento del individuo y se deshumaniza la vida religiosa. Esta disminución de autonomía acarrea un cierto infantilismo en los individuos y una sumisión innecesaria. Como no tienen que deliberar ni decidir sobre los actos de su vida comunitaria se crean actitudes pasivas.

La comunidad no asumida es anestesiante. Produce alienación e impide que surja o se desarrolle la necesaria conciencia crítica. El esquema teológico cultural subyacente no permitía que se ejercitara la necesaria responsabilidad personal. Una visión piramidal de la obediencia identificaba las decisiones que se tomaban con actos prescritos. Esa voluntad de Dios era vista de modo absoluto, fuera de toda perspectiva histórica y creativa. El esquema de la comprensión de esa voluntad de Dios es ahistórico y simplista. En una palabra, la vida comunitaria era vida común (*La vida fraterna en comunidad*, 3).

El ser humano se afirma y llega a tocar su propio yo por las decisiones libres y conscientes. Ese ejercicio bien hecho le va madurando a lo largo de la vida. Cada día se debe decidir mejor.

Cuando por una razón o por otra esta posibilidad desaparece o se reduce, el ser humano se infantiliza, se acomoda fácilmente a una situación dada y pierde su fuerza transformadora, renovadora y creadora; se masifica y despersonaliza. Esto se dio en la vida consagrada. Es frecuente encontrar comunidades donde el campo de la decisión individual es mínimo. Por supuesto se busca la uniformidad y se evita la diversidad. La comunión está hecha a partir de la uniformidad.

Finalmente, hay que reconocer que este primer momento dialéctico es propicio para producir personalidades autocráticas, autoritarias y que identifican voluntad de Dios con voluntad propia. No hay peor fanatismo que el religioso. El secreto deseo de dominio se justifica con una capa de autoridad legítima. Se impide que en la comunidad aparezcan líderes y se desarrollen las cualidades de decisión y de responsabilidad de los miembros. La personalidad de la autoridad achica las funciones creativas. Deja escaso espacio de ejecución para el resto. Se puede estar formando personas pasivas y, por tanto, fácilmente manipulables e indefensas ante la vida.

2.2. Segundo momento: prevalece lo individual sobre lo comunitario

El descubrimiento de los valores personales de autoconciencia, subjetividad y riqueza propia de cada persona humana, la valoración de la responsabilidad personal y de la vocación y proyecto personales de vida, el discernimiento, producen un serio cuestionamiento de la vida comunitaria tradicional.

Una nueva concepción de la persona al interior de la vida consagrada hará cambiar mucho al interior de la misma (*La vida fraterna en comunidad*, 5). Eso me ocurrió a mí y vi que tomaba fuerza entre los marianistas por los años 70, es decir, fruto del Concilio Vaticano II y en concreto producto de la lectura de *Gaudium et Spes* y de *Perfectae Caritatis*. La toma de conciencia de estos valores a veces se hizo de un modo tranquilo, originando así una transformación armónica, o de una manera rápida y hasta un poco violenta, provocando reacciones radicales. Liberarse de los vínculos comunitarios cohibidores de la legítima autonomía, que impedían la realización personal y dificultaban la autorrealización y el progreso, se puede comparar a una caída desde mucha altura que deja fácilmente con heridas graves. Se buscó así, evangelio en mano, una afirmación de procesos personalizadores independientes de la comunidad o incluso en disconformidad con ella. Se creó un predominio de los aspectos personales sobre los comunitarios. Uno manda y a penas es mandado; uno decide y no se permite que decidan por uno o al menos sin consultarle.

A) DESCRIPCIÓN DEL MOMENTO

Este cambio ha sido fruto, también, de la influencia de la filosofía existencialista y del personalismo y de la cultura posmoderna. Desde este pensamiento se ha leído de nuevo el Evangelio y las propuestas de la tradición de la Iglesia. El Vaticano II ha pedido *aggiornamento* a la vida consagrada y, sobre todo, a la vida comunitaria (*Perfectae Caritatis*, 15-30).

Con este pensamiento renovado se han reenfocado todos los elementos de la vida religiosa: formación, gobierno, votos, oración, misión, economía. Vamos a desarrollar algunos aspectos que nos sugiere la revalorización da la dimensión personal.

Una de las finalidades principales de la comunidad religiosa es la actividad apostólica. Los miembros de la misma se forman para el apostolado propio de la congregación. Los estudios, cursos y preparación profesional se realizan en función del proyecto apostólico; eso abre muchos horizontes y deja a la persona del religioso con aire fresco. En este segundo momento dialéctico se produce una inversión. Las personas buscan hacer cursos, adquirir una profesión con vistas a la autorrealización que los capacitará y los motivará más y mejor para la misión; colocan en segundo lugar la perspectiva apostólica corporativa, el proyecto misionero del grupo. Al proceder así no negamos que se genere un excesivo individualismo en detrimento de lo comunitario. Esta desconexión con la comunidad puede crear un clima de irresponsabilidad social; se colocan en primer plano los propios intereses y se puede convertir en un absoluto la realización personal.

Con las nuevas corrientes se ha eclipsado el aspecto social y comunitario con todos los compromisos y exigencias consecuentes y también el aspecto objetivo y estructural que veíamos sobredimensionado en el período anterior. La propia estructura del pensamiento moderno facilitó este momento. El horario se hizo maleable e impreciso; debido a los

diversos compromisos de cada uno, el encuentro de todos los miembros de la comunidad es prácticamente imposible. Esto origina una carencia de visión de conjunto y de concreta experiencia comunitaria. Las estructuras que garantizaban una cierta vida comunitaria se abandonan, causando un enfriamiento real de las relaciones comunitarias y una cierta alergia a lo «en común». Se olvida que sin «reunión y oración la comunidad pierde el alma». Se llega hasta ir en contra de cosas elementales y se quiere «vivir fuera de la comunidad» o se hace de la comunidad simplemente un «hotel» en el que se para a dormir y comer; de ningún modo es una casa que encarne la palabra.

B) VALORACIÓN DE ESTE MOMENTO

La vida comunitaria pierde así estructuras que garantizaban una formal convivencia fraterna. El momento de supervaloración del elemento personal facilita de hecho la búsqueda no siempre acertada de los propios intereses. El egoísmo y el individualismo se presentan muy halagüeños y so capa de autorrealización. Se descuida la dimensión social y comunitaria, elemento fundamental de una personalidad armónica. El individualismo no pocas veces lleva a una ilusoria búsqueda de sí. Aislar y aislarse es destruirse. Vivir desde el corazón es vivir unificados.

Con este modo de proceder se pierde también el sentido de pertenencia; se rompen los canales de comunicación vital y de reales vinculaciones. Se ha ganado en personalización se

ha perdido en comunicación y en comunión. Con todo, es mucho lo positivo que se reforzó con esta revalorización de lo personal. Se ve a los religiosos con más personalidad, espontaneidad, apertura, aprecio de su pasado y de su futuro. Valoran la libertad personal y ajena. La comunidad se parece más a una familia y a ella se entrega lo mejor de sí y de ella se recibe y se da cariño. No falta la confianza que se gana con la sinceridad, la coherencia y la libertad asumidas.

2.3. Tercer momento: El momento comunitario personalizado y personal comunitario

Al momento dialéctico de la valoración del elemento personal sucede un redescubrimiento del elemento comunitario, lugar donde se llega a ser hermanos (*La vida fraterna en comunidad,* cap. II). No se trata de una vuelta sin más al primer momento ni tampoco al segundo: supone el descubrimiento del momento comunitario y del momento personal, y alcanzar una integración y complementación de ambos. Ese entronque es indispensable y fecundo. Es el desafío que tiene la vida religiosa por delante; el que espera el ser humano y la mujer. Es un momento creativo de los pocos de la historia y como tal no se hace sin reales rupturas. En él los «rituales» no faltarán pero serán personalizados y elegidos por corazones vigilantes y lúcidos. El documento *La vida fraterna en comunidad,* fue decisivo en este cambio. Desde sus primeras páginas se orienta a buscar las estructuras que animen la auténtica fraternidad, que la conviertan en algo vital, en auténtica *koinonía*.

A) DESCRIPCIÓN DE ESTE TERCER MOMENTO

El reencuentro supone una nueva manera de ver y de vivir lo comunitario –de forma personal, existencial y bien asumida e integrada– y de vivir lo personal, de un modo maduro, lo que implica la incorporación de la intersubjetividad, de las exigencias y derechos de los demás y de las obligaciones de cada uno de nosotros. Así se termina con el individualismo. Este momento sucede y se vive, en general, en comunidades relativamente pequeñas y bien orientadas hacia la misión. Son comunidades que ya superaron la etapa de la valoración adolescente de lo personal y realizan los auténticos valores de esa etapa en comunidades abiertas, acogedoras, fraternas, organizadas, exigentes; son más bien pequeñas y solidarias. Así se llega a una nueva forma de vivir el elemento comunitario de la vida consagrada. El descubrimiento de la subjetividad y su vivencia en forma radicalizada y reductiva no satisface más. Cansados de vivir pensando en sí y, buscando la propia realización en una línea individualista, se abren a una nueva vida comunitaria que tratan de volcar en nuevas formas. El buen vino nuevo se pone en odres nuevos. Estructura y espíritu se adecuan; individuo y grupo se integran. Detrás de todo ello hay una motivación profunda: «la fecundidad de la vida religiosa depende de la calidad de la vida fraterna en común» (*La vida fraterna en comunidad,* 71).

Nos encontramos ante una síntesis, ante un interesante equilibrio dinámico entre los dos elementos: comunidad y realización personal. Se sabe que, con el modo de vivir la comunidad del primer momento no hubo participación ni

corresponsabilidad, ni mesa redonda; se dio la pirámide. El individuo estaba ajeno a las decisiones. En el segundo se desproporcionó el rol del religioso en su dimensión individual.

Es necesario, por tanto, una seria reflexión sobre las experiencias que ahora surgen para buscar una mayor y real comunión entre sus miembros. Hay que apuntar a organizarse en una causa común, a hacer periódicamente la revisión de vida, a tener encuentros frecuentes de la comunidad, a compartir en verdad, a reconocer humildemente las dificultades de la vida comunitaria. Se debe procurar crear un *clima de comunión y de participación rico* en el campo intelectual, espiritual, religioso y apostólico, a parte del compartir los bienes materiales. Así se alcanzará una síntesis integradora que asuma lo bueno y redima lo malo. La vida comunitaria así entendida se convierte en un espacio que afirma la pluralidad en la unidad. Esa comunidad personalizadora solo se consigue por la acción de personas comunitarias.

B) Valoración de este momento

Los tres momentos evocados pertenecen a la estructura misma de la vida religiosa. Históricamente han sido vividos unos en unas circunstancias y otros en otras. Actualmente encontramos personas y comunidades religiosas con integrantes en cada uno de los tres momentos. La reflexión constante es necesaria para entender y orientar las experiencias que se viven en el interior de la comunidad cuando se entra en uno de los diferentes momentos y todavía perduran las reacciones que se produjeron en el anterior o se darán en el siguiente.

La posición ideal y modélica resulta de la síntesis armónica y equilibrada de los dos polos de la tensión. Pero las realizaciones de estas síntesis históricas nunca se dan perfectas. Se está siempre en proceso y en camino, hasta llegar a la comunidad ideal.

Sería ilusorio pensar que la vida comunitaria de pequeñas comunidades consigue automáticamente una síntesis perfecta entre el elemento personal y el comunitario, y que así la tensión está resuelta para siempre. No son las estructuras las que hacen la síntesis; son las personas. Las estructuras ayudan o dificultan. Favorecen esa integración las estructuras livianas, dinámicas y ágiles. Cuando son así facilitan la creación de vínculos entre los integrantes de las comunidades. La raíz de toda tensión está en el ser humano que es un ser para sí y al mismo tiempo un-ser-para-los-otros. Su «pecado original» impedirá que se viva esa tensión fundamental en perfecta armonía. De ahí que unas veces tienda a una sobrevaloración del ser para sí y otras a una subvaloración del ser para los otros. Solo religiosos maduros y equilibrados y con una afectividad bien integrada y por la acción de la gracia llegan a vivir en una situación de equilibrio en relación con el propio ser y con el de los demás en el contexto original de una comunidad religiosa.

Así surgieron las comunidades nuevas de vida consagrada; así se han «reencantado» bastantes religiosos con la vida comunitaria; así se recuperó en las últimas décadas del siglo pasado la fe en la vida comunitaria; en ella se cree y a ella se pertenece. Se da un paso más. Por ese mismo tiempo se co-

mienza a hablar de misión compartida (*Vita Consecrata*, 45). Enseguida se afirma que no hay misión compartida sin vida compartida. Se da otro paso más y se concluye que no hay vida compartida sin auténtica vida comunitaria.

3. La comunidad en camino: propuestas pedagógicas

La solución del problema de la tensión entre comunidad y persona está en encontrar una forma de vida comunitaria tal que los miembros de la comunidad desarrollen su propia personalidad y su riqueza interior; que sea humana y que humanice. No hay que olvidar que encontrar medios para la autorrealización y el autodesarrollo fuera de la comunidad puede resultar muy difícil. Cada uno sabe qué es lo que le gusta, lo que desea para sí. El desafío está en conciliar esto con la vida de la comunidad. Así se puede vivir con intensidad la fraternidad, el instrumento ideal para la fidelidad y la fecundidad de las personas y los grupos (*La vida fraterna en comunidad,* 57); el desafío está, también, en juntar nuestros corazones, con sus sentimientos, temores y esperanzas.

3.1. La vida comunitaria personalizada es difícil

Fácilmente se sueña con una vida comunitaria ideal, donde todos se sientan realizados. Pero como esto difícilmente se consigue, puede venir el descrédito de esta forma de vida. Más aún, se concluye que la dimensión comunitaria, por lo menos en lo concreto de nuestra vida religiosa, no solo es difícil sino que es «quimérica», en la práctica resulta muy atingente (*La vida fraterna en comunidad,* 10). Es algo utópico e irrealizable. Resulta bonito en el papel, pero en la práctica no es viable. El ser humano es un animal egoísta por excelencia o por lo menos no es capaz, por causa tantas veces de sus neurosis y otros desajustes, de disfrutar de una vida comunitaria plena.

El pesimismo se refuerza cuando el juicio se hace más preciso y alcanza la existencia de personas concretas que integran la comunidad religiosa. De ellas se conoce el enorme desnivel intelectual y de intereses; los impases vienen también del medio y de que las comunidades están integradas por grupos generacionales de mentalidades diferentes. Los horizontes culturales en los que se mueven los miembros de las comunidades también son diversos: van desde un enfoque mítico y precientífico hasta otro científico y secularizado. Los canales de comunicación están con facilidad obstruidos. Hay muchos ruidos que no permiten una comunicación fluida. Es frecuente que no se dé tampoco el enfoque teológico en la orientación de temas importantes; por tanto, la discusión y falta de consenso en este aspecto serán grandes; y todo ello lleva a inseguridades y desencuentros.

Al pluralismo de las ideas se suma la gran diversidad de modos de comportamientos en el seno de las mismas comunidades. Estos distintos comportamientos se expresan en la manera de vestir, de comer, de usar el dinero y de vivir la afectividad, y en conductas y actitudes importantes en relación a los hábitos y las costumbres tradicionales de la vida religiosa;

en relación con la vivienda, el horario, las relaciones, la formación... No hay duda de que los miembros de una misma comunidad viven realidades muy diferentes. La diversidad en el interior de las comunidades es grande. Ello nos lleva a formular algunas preguntas: ¿Es posible la comunión a partir de esta diversidad? ¿No producirá en la práctica un individualismo excesivo? ¿Esta diversidad de comportamiento dentro de la vida religiosa es un impedimento para la vida comunitaria? ¿Cuál es su límite? Y a pesar de todo, ¿se puede esperar una conversión radical para que surja una auténtica vida comunitaria? ¿Cómo conseguir unidad en lo fundamental, libertad en lo accidental y en todo caridad? ¿Cómo se puede llegar a una misión común con una débil vida comunitaria?

3.2. Gradualidad de la vivencia de la vida comunitaria

Estas preguntas ya son un desafío. Una solución, para esta problemática puede venir de una comprensión más diversificada de la comunidad. No existe una sola forma ni un grado y modo único de vivir la vida comunitaria, de tal manera que solo cuando se realiza esta vivencia en este grado y en esta forma, hay vida comunitaria. La forma ideal no es la sola forma real de vivir la vida comunitaria. Hay un grado mínimo de vida comunitaria para los religiosos y hay una gradualidad para llegar hasta el ideal. Ese mínimo para una comunidad sería que, como comunidad pueda vivir con intensidad la Eucaristía. Si en una comunidad no se da esa posibilidad, no se da el nivel elemental de vida comunitaria. La Eucaristía no es un premio.

Es un proceso de vida del cristiano y del religioso. La Iglesia coloca como condición básica para participar en ella «no tener nada contra el hermano». Esto significa que la persona debe vivir una constante opción de amor, servicio, olvido de sí.

El Evangelio pide «reconciliación» (Mt 5,23-24). Sería también un mínimo comunitario. Supone la aceptación de todos los miembros entre sí. Nadie rechaza a nadie. Es un mínimo bastante exigente. Podemos estar en desacuerdo con las ideas de otro o el modo de vivir, pero eso no supone que rechacemos su persona. No la juzgamos. En la práctica esto implica que podemos convivir con él. Requiere mucho más: una actitud positiva de comprensión, estima, ayuda, apertura, disponibilidad, aceptación de la persona que llega al cariño explícito. Así, una comunidad en que todos se aceptan y de modo positivo y dinámico, ofrece el debido ecosistema de la auténtica vida comunitaria. Esa exigencia es básica para todas las comunidades de vida religiosa y suficiente como punto de partida.

Por supuesto que es conveniente que se creen otros niveles de vida comunitaria, de tal forma que algunos miembros de la comunidad busquen, a través de una mayor comunión y participación mutua, una vivencia común profunda y que desembocará en una comunicación íntima y en un compartir comprometido. Eso se da a partir del trabajo común, de una tarea compartida, del estudio de algún tema, de la práctica de la *lectio*, del «cuidarse» (Papa Francisco) unos a otros, de los servicios de ayuda; del recuperar la fluidez y la naturalidad en la conversación acerca de «las cosas de Dios». Todo ello apunta a una vivencia más rica, sostenida, honda y sustenta-

da en la unidad fundamental necesaria para la participación en un proyecto de vida y misión compartidas. Lleva, también a «fisonomías» diversas de la vida comunitaria (*La vida fraterna en comunidad,* 5).

También se da la posibilidad de que una misma persona se encuentre con diferentes niveles de vida comunitaria en una misma comunidad; con algunos de los miembros de la comunidad se llega a un nivel; con otros, la intimidad personal toca fondo y permite compartir la experiencia de vida en el Espíritu; todo ello puede alcanzar una profunda comunión de vida y acción. En otros no se llega a esos niveles. No hay duda de que solo se crece en vida comunitaria viviendo comunitariamente. Esta tautología revela que en el fondo se pueden hacer reflexiones profundas sobre la vida comunitaria, pero sin su vivencia concreta no se descubre la auténtica dimensión comunitaria. Las formas clásicas de vida comunitaria tradicional necesitan renovaciones concretas para encauzar el auténtico espíritu de comunión del ser humano.

3.3. Discernimiento comunitario: instrumento para personalizar la vida comunitaria

Últimamente se ha reflexionado bastante sobre el discernimiento comunitario. Se experimenta como un buen método, quizás el mejor, para renovar la vida comunitaria, superando muchos de los impases existentes, originados por la tensión a la que nos estamos refiriendo. El discernimiento de espíritu pertenece a la larga tradición de la Iglesia. San Ignacio

hace de sus *Ejercicios espirituales* una verdadera escuela de discernimiento (Ejercicios espirituales, 176-177). Concibió la práctica del discernimiento comunitario como un camino para que cada uno de los integrantes del grupo encuentre su misión o ministerio y para que todos permanezcan unidos y vinculados como un cuerpo para la labor compartida. La comunidad deberá vivir un clima de discernimiento y hacer deliberaciones comunitarias encaminadas a decisiones concretas respecto a hechos precisos. El clima de discernimiento de una comunidad es exigente. Pide vivencia comunitaria, intensa confianza mutua, acuerdos de base, actividad apostólica compartida, aceptación de las tareas de cada uno y voluntad de entenderse y de dialogar de unos con otros y de asumir las fortalezas y debilidades de los demás.

Por supuesto que detrás del discernimiento comunitario hay una actitud fundamental de fe, pero también la exigencia de una apertura básica y de mucho diálogo; y de una fe que se ejercita por la oración. El clima de oración compartida ayuda mucho a evitar las agresiones, rechazos, deseos de imponerse, de exhibirse, de miedo. Así se crea un espíritu de libertad interior. Este modo de actuar comunitariamente no es una manera subrepticia de terminar con la obediencia. El responsable de la comunidad preside el discernimiento y confirma el proceso en el que todos participan activamente.

El espacio para el discernimiento comunitario viene dado, sobre todo, en el tercer momento de vida comunitaria a que nos hemos estado refiriendo; más aún, solo en él es posible. Cuantas más personas se interioricen en el proceso de este

discernimiento comunitario, más esperanzas podemos abrigar de encontrar caminos nuevos para salir de la actual crisis de vida comunitaria. La auténtica actitud de discernimiento hace renacer la esperanza de encontrar el sentido profundo para vivir y para actuar. El éxito del proceso renovador de la vida religiosa dependerá de la capacidad de discernimiento y de deliberación sobre la propia vida que se cree entre los religiosos. El reencuentro con la historia personal, objetivo de la vivencia comunitaria, cambia la perspectiva de la acción.

La vida comunitaria es para los religiosos el lugar de la manifestación del Espíritu; este habla de modo único, exclusivo y original en el proceso de verdadera comunión entre los hermanos. Ahí se da el auténtico crecimiento personal, la autorrealización en sana tensión. En este proceso asumido por cada uno y el conjunto se manifiesta el Espíritu que nos hace libres, originales, personales, abiertos, no manipulables y creadores de la verdadera comunidad. Lo personal toma forma plena en lo comunitario. En la riqueza de esa tensión crece la vida religiosa hasta llegar a la plenitud comunitaria del Reino de Dios.

La explosión de subjetividad no fue buena para la vida religiosa; tampoco lo fue el fijismo abstracto, estructurado e impersonal de un tiempo anterior. Un grave error sería volver en la vida religiosa a modelos de la misma ya superados en ambos sentidos. Es vieja la inclinación a la ley del péndulo y la tendencia a evitar los peligros y las tensiones y buscar el predominio de lo autoritario y disciplinar en la configuración de la vida religiosa. No es sano reprimir

la libertad, la subjetividad y la creatividad en nombre de la disciplina restaurada. Es conveniente encauzarlas en un dinamismo sano.

3.4. La vida comunitaria personalizadora entre los religiosos es posible por la Gracia de Dios

Es la gracia de ser hermanos. Antes de ser un proyecto humano, la vida comunitaria es proyecto y gracia de Dios (*La vida fraterna en comunidad*, cap. I), fruto de un corazón nuevo (Ez 36,26-28) y del amor de Dios difundido en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo. Por esa gracia pude en una época difícil dar el paso del segundo al tercer momento y «reencantarme» con la auténtica vida comunitaria. Fue todo gratuito y maravilloso. En toda comunidad se encuentran sombras y luces; no es fácil vivir bien la pluralidad de pertenencias de sus miembros ni conseguir objetivos tan altos como las amistades profundas y delicadas, de una parte, y la responsabilidad personal y la solidez de motivaciones, de otra. La «conversión comunitaria» recrea constantemente la comunidad y lleva a la reconciliación y la alegría pascual. Solo con dimensión de gracia, la realidad humana se hace plena. En ella, la acción educativa que acompaña al crecimiento del sentido comunitario tiene sus tiempos. Esa acción pedagógica se hace plena por la gracia. Sabe de los momentos de un proceso comunitario personalizante en el que:

- Hay un primer tiempo de la vida comunitaria en que se ve y se vive la alegría y el encanto de estar juntos, las ventajas de ser comprendidos, de apoyarse y de comunicarse.

La vida comunitaria se considera fácil. De la comunidad se espera todo y por supuesto, demasiado.

- Hay un tiempo en que viene la crisis y un cierto desencanto. Se constata que la vida comunitaria comienza a ser difícil. Se ven más los defectos de los demás que sus virtudes; se multiplica aquello que nos irrita; aparece una cierta agresividad, un excesivo «personalismo».
- Hay un tiempo en que se llega a un estancamiento, en el que se mantiene la fachada de la vida de comunidad. Hay conflictos latentes que no se ventilan «por amor a la paz». Podemos encontrarnos de la noche a la mañana ante una comunidad formal; ante una mera estructura comunitaria. Sus integrantes están en crisis.
- Hay un tiempo en que la crisis de la comunidad encuentra su verdadera solución, cuando, como comunidad, los miembros se reconocen pecadores delante de Dios y con serias dificultades para compartir; se confiesan unos a otros y a Dios, y constatan que sin su ayuda, sin la gracia no es posible formar una comunidad auténtica. Confiesan que la vida de comunidad es un don que viene de Dios y a Dios hay que pedírselo; es una gracia. Llegar a esta conclusión es el comienzo de una vida comunitaria nueva. Es la gracia por la que tomamos conciencia de que somos hermanos. No conviene olvidar que el ritual de compartir la vida y la historia es indispensable para vivir como hermanos.

Podemos afirmar que no hay duda de que cuando la vida de comunidad crece y se vigoriza, todo en la vida religiosa se

robustece y consolida. Solo se puede predicar a Dios Padre y a Jesús Hermano desde la filiación que suscita la auténtica fraternidad (*La vida fraterna en comunidad*, cap. III). Los votos se viven bien con el apoyo, la exigencia y la inspiración de la comunidad; a la amistad con el Señor solo llegan los amigos de verdad del Señor. El amor no falla nunca y con el amor no falla nada (Gal 6,2 y 1 Cor 13,4-8). «Lo esencial de la comunidad en la vida religiosa reside en la vivencia de una amistad auténtica y madura entre sus miembros vinculados por un compromiso común, informada por la caridad que lleva a una profunda *koinonía* penetrada por la presencia de Cristo, fecunda en actitudes de servicio a los ser humanos» (CLAR, *Renovación y adaptación de la vida religiosa*, Bogotá 1967, p. 13). Así podemos concluir que la dimensión subjetiva y la intersubjetiva auténtica solo se sustentan en lo teologal. Solo son buenos hermanos quienes se reconocen y se saben hijos de un mismo Padre y se aman de verdad. «*Que no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho; y así lo que más os despertare a amar, eso haced*» (santa Teresa).

4. María, despierta el corazón filial y fraterno que a veces duerme en nosotros

La tensión persona-comunidad es una realidad estructural de la vida religiosa; de una adecuada superación de esa tensión depende la posibilidad y la riqueza de nuestra vida comunitaria; todo ello se hace dentro de las coordenadas históricas de la misma, definidas y asumidas de manera propia y original

en cada época. Hoy tenemos la ventaja de percibir y conocer, debido al aporte de las ciencias humanas, las diversas formas al vivir la relación persona-comunidad. La aceleración cultural originó una floración de expresiones y estilos nuevos de una parte y al mismo tiempo una vuelta a los buenos moldes tradicionales. Los extremos así se han distanciado. Al lado de las comunidades que tienen un sistema rígido e impersonal y donde lo comunitario es prefabricado, impuesto y decidido en las cúpulas, hay también grupos que viven la anarquía del individualismo, el exceso del subjetivismo y una autovaloración tal que prescinde de lo comunitario. No faltan, también, formas equilibradas que han superado la polarización de los extremos de la tensión. A partir de ellas y por ellas, se viven las exigencias evangélicas, tanto en su dimensión personal como comunitaria y así se pasa a la otra orilla. En ellas, personas netamente comunitarias consiguen movilizar comunidades personalizadoras.

Cuanto mayor sea la diversidad de formas, cuanto más radicales las posiciones, tanto más necesario se hace un proceso de reflexión sereno, un análisis crítico y un discernimiento auténtico. Eso se encuentra en *Vita Consecrata*. La realidad es dialéctica. No soporta la eliminación de ninguno de los dos polos. Vivirlos de manera integral e integradora es la propuesta hecha por el Vaticano II y por la mayor parte de las reglas de vida renovada, y de una manera especial por el estupendo documento de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada: *La vida fraterna en comunidad,* que deja claro que en comunidad se puede vivir una auténtica vida

fraterna, y ayuda a superar todo «pesimismo estéril». «Los males de este mundo no deberían ser excusas para reducir nuestra entrega y nuestro fervor. Aceptemos que la vida consagrada no tiene crisis de vocaciones ni de números, sino de vida. Mirémonos como desafíos para crecer..., nuestra fe está siendo desafiada a vislumbrar el vino en que puede convertirse el agua y a descubrir el trigo que crece en medio de la cizaña» (*Evangelii Gaudium*, 84).

A ello ayuda María que despierta en nosotros el sentimiento filial y fraterno, que a veces duerme. Lo ha hecho en la historia de la Iglesia; en sus períodos de vivencia intensa del carisma mariano la comunidad ha sido la mejor mediación para proponer y vivir la fe; el Evangelio se ha presentado como una exigencia comunitaria. Los grupos y las personas con fuerte carisma mariano y en todos los momentos de la misma historia se ha encontrado ayuda e inspiración en María para ser familia (*La vida fraterna en comunidad,* 71). Por María llegamos a ser comunidades personalizadas y personalizadoras, y personas comunitarias. Ella nos regala la cercanía que nos educa en la calidez del amor fraterno.